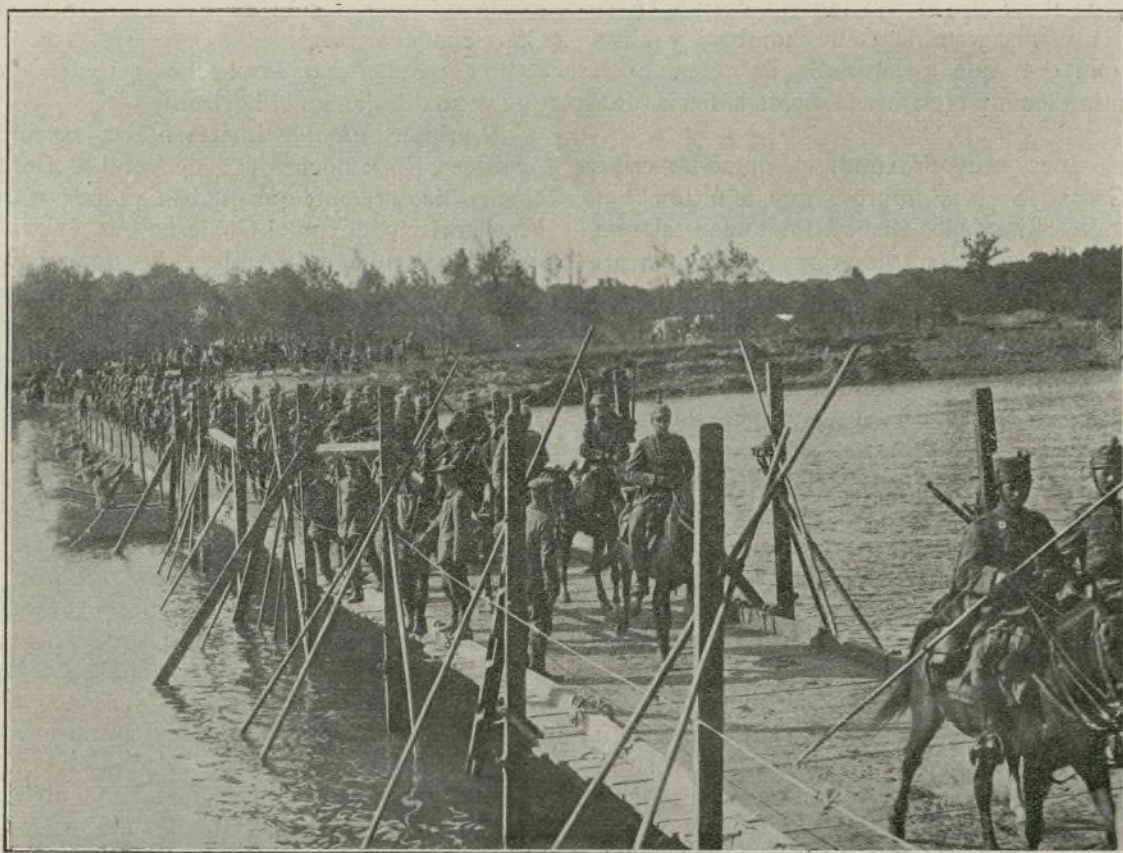


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 81.—BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1915



Caballería alemana pasando el Bug sobre un puente de pontones y caballetes

## CRONICA INTERNACIONAL

I. Grecia.—II. Un discurso interesante

### I.—Grecia

¿Qué hará Grecia? A los halagos que la prensa aliada prodigaba a Grecia, han sucedido las estridencias y las amenazas. Se le ha llegado a acusar de traición. ¿Qué ha hecho Grecia? Sin contar con su beneplácito, ni solicitar su permiso, se ocuparon dos de sus islas con pretexto de la expedición a Gallípoli; sin hacer caso de su protesta y violando su neutralidad, franceses e ingleses han desembarcado en Salónica, están sirviéndose de sus vías férreas, operan en territorio griego y van a ser la causa de que la guerra deje sentir sus efectos en Grecia; ésta ha tenido que movilizar su ejército y hacer grandes gastos, al ver que el incendio era llevado, por manos extrañas, a su hogar, y a pesar de todo no ha dejado de mostrar sus simpatías a los aliados. Se quiere que haga más, mucho más, que declare la guerra a Bulgaria, Turquía y los Imperios centrales, y como se teme que no tome este camino, las frases hechas del derecho, libertad y demás sarcasmos se esgrimen contra el pequeño reino. Es decir, que falta a todo lo divino y lo humano el neutral

débil que no obedece los mandatos del fuerte. Realmente, lo que estamos presenciando es una lección que debemos grabar bien en la mente y que en lo futuro se invocará como precedente para justificar los mayores desatueros.

Dominando los aliados en el mar, Grecia está a merced de ellos; pero como los alemanes, austriacos y búlgaros dominan en tierra, Grecia no puede indisponerse con este segundo grupo de potencias. Si nadie la forzara, no abandonaría su neutralidad, pero como todos los síntomas indican que los aliados aumentarán todavía más la presión, Grecia tendrá que resolverse a intervenir, y llegado este caso ¿a qué lado se inclinará? Si no anduviera Inglaterra por medio, la respuesta no sería dudosa, porque cuantos perjuicios y daños le causara Francia, tendrían más que sobrada compensación. Pero Inglaterra dista mucho de estar derrotada; si ocupa los archipiélagos griegos, no se vislumbra la posibilidad de expulsarla de ellos. Sería menester que el canal de Suez fuera cortado y la guerra estallase en Egipto y en las fronteras del Indostán, para que el vencedor tuviera arras bastante valiosas para obligar a la



Gran Bretaña a devolver los territorios que se apropió. Está aún muy lejos la posibilidad de que la guerra llegue al canal de Suez, Egipto y Asia.

Pero Grecia puede, si quiere, garantizarse, por lo menos en parte, contra la acción de Inglaterra. Los búlgaro-austro-alemanes no tardarán muchos días en atacar a los aliados desembarcados en Salónica; si en este momento Grecia toma las armas y corta la retirada al ejército expedicionario, caerán en sus manos millares y millares de hombres y abundante material, que garantizarán de antemano las indemnizaciones a reclamar el día de la firma de la paz.

Está, pues, muy próximo, el momento crítico para Grecia. Sería asombroso que a última hora abrazara la causa de los aliados. De tomar tal resolución, lo lógico hubiera sido que apoyara a los primeros contingentes expedicionarios y que, avanzando por Monastir, diera la mano a los serbios, y no que formara al lado de los franco-ingleses cuando la derrota de éstos fuera inevitable.

De donde se colige que el rey Constantino se esforzará en mantener la neutralidad, que hará lo indecible por conservarla; pero, así que los búlgaros y los austro-alemanes se presenten en las fronteras de la Macedonia griega, hará causa común con ellos y caerá por la espalda contra los aliados. No se le ocultarán los peligros a que se expone, grandes y ciertos, pero tampoco vacilará entre un peligro seguro, el alemán, y otro contingente, el aliado. Además, es más temible para Grecia el ataque por tierra que por mar. La invasión terrestre conduciría a una merma de su territorio, quizás al término de su independencia, mientras que el ataque marítimo, casi no se traduciría más que en la pérdida de pocas o muchas islas, sin afectar a la existencia misma del reino. Los submarinos alemanes, cuyo número aumenta diariamente en el Mediterráneo, no dejarían de hacer precaria la ocupación de las islas por los ingleses. Este ataque de los aliados a Grecia les depa-  
 rará más inconvenientes que ventajas: sin dañar en lo más mínimo los intereses de los adversarios más fuertes, Alemania y Turquía obligarían a distraer en aquellos mares muchísimos barcos de guerra y no menguados efectivos de tropa, exponiendo a los transportes a las acometidas de los submarinos. Todavía se agravaría más que al presente la derivación de energías hacia oriente, con detrimento de las que pudieran desplegarse en occidente, de suerte que los aliados se debilitarían contra enemigos secundarios, sin perjudicar en lo más mínimo al principal. En cambio, los alemanes no necesitan emplear un solo hombre en hacer entrar en razón a Grecia, porque les bastaría dejar en libertad a Bulgaria y Turquía para que se repartiesen a su antojo aquel reino. Y es de notar que, pese a lo favorable de la situación de los austro-alemanes en los Balcanes, se han abstenido de amenazar y de ejercer coacción sobre Grecia, conducta que contrasta con la de los aliados y que no dejará de impresionar favorablemente al pueblo helénico.

Concluimos que Grecia no desea intervenir, que se resistirá a obrar, pero que si se la fuerza o se la humilla, entrará en el grupo acaudillado por los Imperios centrales. La torpeza militar y política de los aliados habrá tenido consecuencias más decisivas

que la habilidad de los alemanes. La victoria militar es la mejor diplomacia.

## II.—Un discurso interesante

Un discurso de extraordinaria importancia ha sido el pronunciado en la Cámara de los Comunes por el ministro dimisionario Mister Churchill, explicando su intervención en los actos de la guerra. Conviene tener presentes sus principales conceptos, como antecedentes de los hechos actuales y de los que ya se dibujan en el horizonte.

El primer punto de interés fué la expedición a Amberes. En la noche del 2 de octubre Lord Kitchener hizo presente que estaban ya casi ultimadas las negociaciones con el Gobierno francés para auxiliar a la guarnición de Amberes, y que acababa de telegrafiar el Gobierno belga su decisión de evacuar la plaza con el ejército de campaña. Esta noticia produjo honda impresión. Churchill ofreció trasladarse desde luego a Amberes para hacerse cargo de la situación. Al siguiente día conferenció con el Gobierno belga y los oficiales ingleses que había en Amberes y propuso que prosiguiera la resistencia a todo trance, y que antes de tres días declararan Inglaterra y Francia si podían o no auxiliar a la plaza. Entre tanto, se envió allá brigadas navales, cañones de la marina y otros auxilios. La propuesta fué aceptada por todos los Gobiernos, y desde Londres se telegrafió a Churchill que salía ya un ejército de socorro. La gran batalla que comenzó en el Aisne se corría hacia el mar; las tropas de French entraron en línea y combatieron en Armentières, dando lugar a la batalla de Ipres. La súbita llegada de una división de infantería y otra de caballería, británicas, a Gante, hizo creer a los alemanes que se acercaba un ejército importante y, como consecuencia, detuvieron su avance. El resultado fué que la batalla se libró en el Iser, en lugar de 30 ó 40 kilómetros más al Sur.

El segundo punto fué el relativo a la expedición a los Dardanelos. En diciembre de 1914, la situación política en el S. E. de Europa era tormentosa. No progresaban las negociaciones con Italia, Rusia pedía que se emprendiera una acción contra Turquía, y fué de necesidad estudiar la posibilidad de obrar en el Mediterráneo. Los Dardanelos eran, sin duda, el punto decisivo. Se reconoció desde el principio que una doble acción, militar y naval, realizada por sorpresa, era lo mejor. Mediaron comunicaciones entre los Ministerios de la Guerra y Marina, para concertar sus esfuerzos, pero no había tropas disponibles, y fué evidente que, aunque las hubiera, era mejor emplearlas en otro teatro. Pero la necesidad de obrar en el Mediterráneo se hacía más urgente. Como resultado de las discusiones, Churchill telegrafió el 3 de enero al almirante Carden, preguntándole si estimaba factible el forzar los Dardanelos, valiéndose sólo de flota. El almirante respondió que el paso por sorpresa era imposible, pero no el reducir los fuertes por un bombardeo regular y sostenido. Lo mismo opinó el primer Lord del Mar. Se encargó a Carden que estudiara su plan y los preparativos, y el 11 de enero se tuvo su respuesta en el Almirantazgo, quien aprobó lo propuesto, agregando que la escuadra se reforzara con el *Queen Elisabeth*, armado con cañones de 38 centímetros. El Consejo de Gue-



rra examinó el plan de Carden, el 13 de enero; nadie se opuso, y sólo Churchill dijo que el Almirantazgo debía de perfeccionar el plan y realizar los preparativos. El 25 de enero, lord Fisher, primer Lord del Mar, pesentó una memoria, oponiéndose a disminuir la fuerza naval en los mares de la metrópoli, y al empleo de los barcos de combate en el ataque a fortalezas. No obstante, el Gobierno resolvió enviar al Mediterráneo oriental, no ya los barcos pedidos por Carden, sino muchos más. El 28 de enero, se tomó la resolución final por el Consejo de ministros. El Gobierno francés fué de la misma opinión, y calificó el plan de *prudente y previsor*. El 18 de febrero comenzó el ataque de los fuertes exteriores, con pleno éxito, y la flota entró en los Dardanelos.

La repercusión de este hecho en Italia y los Balcanes fué notoria: Inglaterra había tocado el gran nervio estratégico de la guerra mundial de 1915. Todos estaban unánimes en creer que por fin la guerra se iba a resolver favorablemente para los aliados. Pero a primeros de marzo, una sombra se empezó a extender. Los campos de minas marinas impedían el avance de la escuadra, y el bombardeo no conseguía resultados decisivos. Entonces se resolvió poner en práctica medidas más vigorosas, y se invitó a Carden a obrar, sin reparar en pérdidas, y con la seguridad de que el Gobierno le apoyaría. Se fijó el ataque para el 17 de marzo, pero el 16 cayó enfermo el almirante. El segundo jefe, almirante de Robeck asumió el mando, y se mostró también conforme con el plan del Gobierno. El ataque se realizó el 18 de marzo, con los resultados conocidos. Entre tanto, se formaba el ejército expedicionario, y por consejo de su jefe, el general Sir Ian Hamilton, se decidió substituir la acción naval única por la combinada de mar y tierra. El mes que transcurrió entre el 18 de marzo y el 25 de abril, fecha del primer desembarco en Gallípoli, fué el más funesto para Inglaterra, porque llegaron a aquellas aguas los submarinos alemanes, se consolidó la situación de Turquía y comenzó a variar la opinión en los Balcanes.

Refiriéndose a Lord Kitchener, Churchill salva su responsabilidad propia, diciendo que el Ministerio de Marina cesó en realidad en sus funciones el 18 de marzo, y que la dirección de la guerra corrió a cargo del Ministerio de este nombre. Es indudable que si se hubiese sabido a tiempo lo que hizo el enemigo durante el mes de abril, nadie hubiera vacilado en abandonar la empresa de los Dardanelos, por mucho que padeciera el prestigio de Inglaterra.

A juicio de Churchill, se requerían dos condiciones: en primer lugar, el ataque debía ser rápido y enérgico, y no lento, como lo fué; en segundo lugar, el ejército expedicionario ha dejado transcurrir largos meses a corta distancia del punto casi decisivo de la península de Gallípoli, cuando precisamente ese punto era el más importante de todos los teatros de la guerra, y hacia él debieran haber convergido todas las tropas y todos los esfuerzos. De aquí que Churchill propusiera suspender todos los ataques en el O., y tomar Constantinopla fuera como fuera y por grandes que los sacrificios resultaran. Ahora, la situación ha cambiado radicalmente

y no hay ya forma de remediar la falta de energía con que se procedió.

El lector deducirá las consecuencias. La que primero salta a la vista es que la coalición pierde el tiempo en deliberaciones y consultas, en vez de obrar; y, al mismo tiempo, aparece la diversidad de objetivos políticos, y por consiguiente, de planes de los aliados: unos ponían toda su atención en Rusia o en Francia, e Inglaterra en los Dardanelos. Sin unidad, no se va a ninguna parte.

F. LARIN.

## LA VIDA EN EL CABO HELLES

### (Recuerdo de la campaña de Gallípoli)

El cabo Helles, extremo de la península de Gallípoli, ha sido transformado, desde que desembarcamos en él, hace tres meses y medio. Ocupamos ahora casi el mismo terreno que entonces, pero ha surgido poco a poco un campamento de abrigos a prueba de bomba y de cuevas, en los cuales todos los hombres y casi todos los animales pueden encontrar protección contra el fuego enemigo. El primer mes, pudimos vivir en tiendas de campaña y echar la siesta bajo la sombra de los árboles. Vivíamos en una atmósfera de falsa seguridad. En el llamado Embarcadero de Lancashire (antigua boca W) se montó un gran campamento de tiendas y un gran depósito de géneros, mientras centenares de caballos se ataron en largas filas, enteramente expuestos a las vistas del enemigo. Alguien, que se construyó un abrigo a prueba, fué objeto de las burlas de los demás.

Todos recordarán aquella tarde, el 20 de mayo, en que de pronto, y bajo un cielo azul, los turcos abrieron su primer gran bombardeo de la boca W, con dos cañones pesados de 15 centímetros, colocados a uno y otro lado de Achi Baba. Aquellas granadas, de potentes explosivos, estallaban con horribles detonaciones, engendrando grandes columnas de humo negro, y lanzando centenares de cascos. No había de hecho abrigos a prueba ni enterrados, y los pocos que se habían prevenido contra este peligro, se reían ahora de sus excépticos compañeros, que rebosaban de gozo si se les invitaba a visitar los abrigos mientras duraba la tormenta. El resto de la población de la boca W tuvo que refugiarse, como pudo, detrás de los escarpes de la costa. Los más dañados fueron los desgraciados caballos, entre los cuales cayeron las granadas; en dos tardes, perecieron un centenar.

Entonces, todo el mundo se agarró a la pala. Se comenzó por construir parapetos con sacos terreros haciendo frente a Achi Baba, para resguardarse de los cascos en tanto se concluyeran los abrigos. Los caballos fueron llevados a un lugar menos expuesto, y la enorme masa de géneros se distribuyó detrás de los escarpes. Centenares de trabajadores griegos y egipcios fueron contratados para abrir un camino a lo largo de la costa, que uniera todas las bocas y calas, de modo que hombres y caballos pudieran transitar con relativa seguridad. Este camino, único en su género, perdurará como último recuerdo de la ocupación anglo-francesa de la península. Allí viven



millares de hombres y caballos, a cubierto de los proyectiles enemigos. De modo que la boca o rada W volvió a ser utilizada, sin preocuparse del tiro de los turcos, que hacía mucho ruido, pero que rara vez causaba daño.

Los acantilados y desigualdades de la costa hacían la impresión, vistos desde el mar, de que una gran tribu de hombres de las cavernas, supervivientes de otras edades, se habían trasladado allí. Los colores predominantes eran el castaño y el khaki, porque el campamento se compone de habitaciones excavadas en la arena, habitadas por centenares de hombres vestidos de khaki, que se mueven y trabajan entre enormes montones de cajas de madera y fardos de lona.

El Embarcadero de Lancashire parece una miniatura del Sahara, ardiente como un infierno y extremadamente incómodo; pero el suelo de arena

quilar un buen abrigo a prueba de bomba en Miramar, por cualquier precio, por elevado que fuera, pero ahora los precios han bajado, los hoteles están casi vacíos, y todo el mundo ha buscado alojamiento más tierra adentro. La razón es que, habiendo los submarinos obligado a alejarse a nuestros acorazados, los Hunos han aprovechado la ocasión para montar baterías de cañones pesados en Kum Kalé, en la costa asiática, y disparan en línea recta contra las puertas y ventanas de todas las casas que hay en aquel popular paseo. No olvidarán nunca esta sorpresa los vecinos de Miramar; construyeron sus casas para protegerse contra las granadas de Achi Baba, y como se habían erigido sobreterrazas a lo largo del acantilado, tuvieron que resignarse a afrontar el nuevo peligro o abandonarlas. Algunos huyeron a lo alto del escarpe; otros, que se habían hecho fatalistas, continuaron fumando sus pipas y pensan-



Oficiales turcos heridos que pasan en Alemania el período de convalecencia

posee una inapreciable ventaja: las granadas estallan con un efecto mínimo; si el terreno fuera de roca, habría sido imposible permanecer allí, pero como las granadas se hunden en la arena, muchas no estallan, y los cascos de las otras pierden fuerza al abrirse paso a través de la arena.

He oído decir a no sé quien, que esta campaña de los Dardanelos sólo es soportable por las facilidades que da para bañarse. Es una verdad. Tenemos kilómetros de costa, y en cualquier punto, excepto los reservados a la memoria de los caballos muertos, que fueron arrojados al mar, pero que las olas devuelven a la playa, se encuentra una playa fina y poco inclinada. A la hora del fresco de la tarde, cuando ha terminado el trabajo diario, los habitantes de Miramar se sientan en sus terrazas, a contemplar la flota de transportes en la entrada del estrecho, con el espolón del *Majestic* como recuerdo constante de los grandes días, o a seguir con la vista las escuadrillas de pequeños barcos que van y vienen con tropas y géneros desde las islas inmediatas. Es una escena de placidez, con Asia en el fondo, a 10 kilómetros de distancia, tan pacífica y tranquila en la apariencia, que se diría nos invita a posesionarnos de ella. Hace algunas semanas, se podía al-

do en días más felices; varios, prescindieron de su orgullo, y descendieron por el valle, reuniéndose con los que antes no quisieron abandonarlo. Muchos, hicieron una modificación en su existencia, con excelentes resultados: cuando los proyectiles llegan de Achi Baba, invitan a los habitantes del valle a trasladarse a Miramar, y cuando vienen de Asia, descienden al valle y viven con sus amigos. Pero, a veces, los desgraciados vecinos del Embarcadero de Lancashire son atormentados simultáneamente desde Asia y desde Achi Baba.

No creo que los servicios no combatientes de un ejército hayan vivido nunca en las condiciones de aquí, porque están más expuestos todavía que las tropas en el frente. Día tras día y noche tras noche, los oficiales y tropas de los cuerpos auxiliares trabajan y sudan.

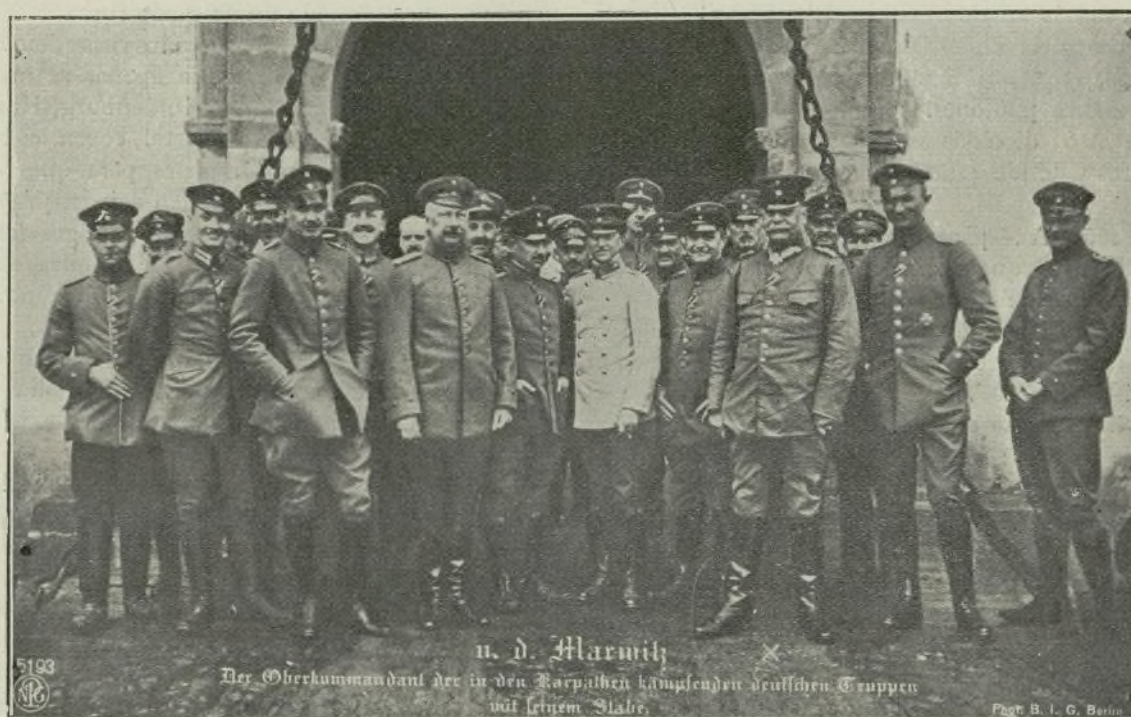
Voy ahora a describir un día típico del Embarcadero de Lancashire. El barco le conduce a usted desde el cuartel general a la rada, a las diez de la mañana. Otros, que llegan incesantemente, transportan tropas y mercancías. El enemigo, que siempre parece que sabe lo que ocurre, abre de pronto el fuego desde Asia con un cañón de 15 centímetros, de tiro rápido. Su objeto principal se endereza



a echar a pique un barco o destruir el muelle. Cuando V. ha fondeado, a un centenar de metros de la playa, oye el silbido de una granada. Desea V. saber exactamente dónde cae, y, un segundo después, oye un tremendo ruido a popa, y una columna de agua se eleva casi a la altura de los mástiles. Apenas ha tenido V. tiempo de contemplar este espectáculo, zumba otro proyectil, que cae asimismo en el mar. Una falúa de vapor le lleva al muelle, y apenas ha puesto V. el pie en tierra, otro grandísimo proyectil estalla en tierra, junto a la rada. Se apresura V. a buscar el abrigo del vallé, cuando, como si acecharan sus movimientos, los dos potentes cañones de Achi Baba truenan a su vez. Nadie sabe cuánto tiempo durará el bombardeo. A veces, termina a los pocos minutos; a veces, se prolonga horas enteras. Se circulan enseguida las órdenes para que cada cual se refugie en los abrigos, y se ven centenares de figurillas de

de media hora, privando a nuestra gente del sueño; obran al estilo de los torturadores chinos, que impiden dormir a sus víctimas, abriéndoles sus párpados a intervalos determinados. El peor bombardeo a que ha sido sometido el Embarcadero de Lancashire tuvo lugar hace cinco días, cuando los turcos emprendieron un fuerte contraataque. Lo iniciaron a las cuatro de la madrugada, y hasta las ocho lanzaron, por lo menos, tres mil granadas, sobre los abrigos, las trincheras y los almacenes. Los efectos fueron escasos: hubo algunos muertos y un número mayor de heridos, pero los más salieron indemnes.

Un hombre medio desnudo se arrojó desde lo alto del acantilado en el mar, seguido de otros, que sólo aguardaban el ejemplo. Estalló un vocerío de maldiciones y juramentos, mezclado con los gritos incesantes de los que permanecían a cubierto. Cada cual se esforzaba en alcanzar el punto donde el pro-



General von Marwitz, que mandó brillantemente un cuerpo de Ejército en la Galizia, con su Estado Mayor

khaki corriendo como locos, y desapareciendo en los agujeros, como si fueran ratones, al oírse el primer cañonazo. Sólo aparecen los extremos de las cabezas, en los intervalos de las explosiones, para atisbar lo que sucede, y desaparecer enseguida que se oye un nuevo estampido. Al sonar el primer tiro termina el baño; los bañistas que acaban de meterse en el agua, salen disparados. Una granada acaba de caer en el mar, y todos se dispersan. Hombres desnudos, a todo el correr de sus piernas, se precipitan hacia la playa, pero los que no tienen tiempo de huir, se sumergen bajo las olas cuando oyen que llega otra granada, para escapar de los cascos. Una vez en la costa, nadie se preocupa de vestirse, ni siquiera de recoger sus ropas. Nadie mira atrás, y permanecen escondidos hasta que cesa el fuego enemigo y pueden ir en busca de sus ropas abandonadas.

Ultimamente, los turcos nos han cañoneado con frecuencia durante la noche, y su diversión predilecta es enviarnos una granada a intervalos regulares

yectil había estallado; llegados allí, desaparecían, y un momento después nadaban vigorosamente para llegar a los lugares más protegidos; pero todos llevaban en su mano un objeto extraño, un pez muerto por la explosión, que se vendía a buen precio después del bombardeo. Un pez cogido de esta manera pesaba 30 libras, y produjo la alegría en una docena de alojamientos a prueba de bomba.

Así se desliza la vida y el trabajo en el Embarcadero de Lancashire, día tras día, semana tras semana y mes tras mes. Los abnegados oficiales y soldados que acampan junto a la rada, saben que es menester alimentar al ejército y abastecerle de municiones. Exponen diariamente sus vidas y cumplen satisfechos su deber, de modo que todos los cañones del Asia no serían bastantes a arrojarles de la playa. Los que combaten son héroes, pero también lo son los que trabajan aquí.

E. ASHMEAD BATLETT

(De The Times).



## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El delirium tremens

—¿Qué les ocurre a ustedes, que están hoy tan callados, insignes adversarios?

(El señor A).—Me voy cansando ya de hablar de la guerra.

—A enemigo que huye.... De declarar que le aburre la guerra, a confesar que ha perdido V. la esperanza de que obtengan el triunfo sus amigos, no media más que un paso: el paso de Calais; ¿verdad, señor B?

(El señor B).—¡No, en mis días! Estoy tan convencido como el primer día del triunfo final; el sistema del *desgaste*, del ilustre Joffre, es de resultados infalibles.

—Como las píldoras X o el licor Z. Sus efectos han sido tan maravillosos, que a los dieciseis meses de guerra, los aliados tienen que evacuar Gallipoli, hacen centinela en el Duina, montan la guardia en el Aisne, requieren de amores a Grecia,... y los austro-alemanes ¡glotones! se comen otro reino. Dentro de otros dieciseis meses ¿dónde patrullarán los primeros y dónde estarán los segundos? ¿En la India?

(El señor A).—¡En el cementerio!

—No digo que no; pero es mejor estar en el cementerio que en el limbo.

(El señor B).—¡Por Dios, don Subrio, no diga V. enormidades! ¡Decir que Inglaterra va a estar en el limbo! No conoce V. a los ingleses.

—Ni ellos tampoco. Hace un año se bañaban en agua de rosas, y ahora le han cogido horror al agua. ¡Ah, si también tomaran horror al whisky!

(El señor A).—Y los alemanes a la cerveza.

—¡Si nadie bebe ya cerveza en Alemania! ¡Se consume champagne a todo pasto, y hasta vino de Chipre! Y no le digo a V. nada de los caldos de los Balkanes. ¡Allí sí que les hacen el caldo gordo! A los aliados, el olor les afila la nariz, pero, como no han salido de un desfiladero, huelen a algo que no es precisamente ambrosía; ¿no será cuerno quemado?

(El señor B).—¡Al cuerno enviaría yo a los imperios teutónicos, si pudiera!

—Y haría V. bien, señor B; digo lo de antes: más vale un cuerno, que querer coger dos, los de la luna, la media luna, como pretendían los ingleses.

(El señor A).—La historia no perdonará a los alemanes la infamia de haber apoyado a un pueblo mahometano, musulmán, turco....

—¡Sí, sí, entendido! Tiene V. razón: es mejor exterminar a los infieles, y por eso los protectores de los débiles lanzan a la línea de fuego a los moros, senegaleses, mahories, indostánicos, irlandeses, egipcios, árabes, argelinos, belgas, griegos, serbios....

(El señor A).—Ni los irlandeses, ni los belgas, ni los griegos son....

—¿Franceses o ingleses? ¡Es claro! pues ahí está el quid y el fundamento del....

(El señor B).—¿Quiere V. que doblemos la hoja, don Subrio?

—La hoja, y el tomo, si V. lo desea. ¿De qué vamos a discutir?

(El señor B).—De nada. Cuando V. ha llegado, el señor A y yo estábamos meditando sobre las con-

secuencias que tendría la visita a París de los cuatro ministros ingleses que forman parte del Consejo superior directivo de la Guerra. El señor A creía que habían tratado de la expedición a Salónica y yo me inclinaba a creer que se proyecta un desembarco en las costas alemanas del Báltico.

—¡Atiza! Si hubiera V. dicho del Mediterráneo, participaría de su opinión; por supuesto, las futuras costas alemanas del Mediterráneo. Para mi capote, los ministros ingleses no han ido más que a echar una canita al aire, que buena falta les hace, dadas las muchas canas que les han salido. ¡Es tan agradable la vida de París, para los extranjeros, sobre todo cuando está a oscuras! De noche, hasta los ingleses son pardos, y se duerme mejor en París, que ya no visitan los zeppelines, que en Londres, donde se vive con el alma en un hilo.

(El señor B).—No le hago a V. ningún caso. Estoy convencido, señor A., que a la próxima conferencia asistirá también un delegado ruso.

—No lo espere V. Les salió a los rusos demasiado cara la visita de Pau. En Rusia apenas se menta a los aliados, exclaman todos ¡Hindenburg, Hindenburg!, como si dijéramos ¡Lagarto!, cogen los bártulos y se ponen los gorros de pieles, para que no les tomen el poco cabello que les han dejado. ¡Vaya un papel que reservan los aliados a sus amigos los rusos! ¡El de ser vapuleados, con la esperanza de que salte a pedazos el garrote alemán! Ilusión vana, porque los alemanes gastan unas botas, que ¡ya, ya!

(El señor A).—Por mi parte, señor B., no tengo la menor duda de la participación de Italia en el Consejo directivo de la guerra. Después de la conquista de Col di Lana...

—¡También es humorada de los italianos! ¡Remontarse a las nubes! Ríñen descomunal batalla en el Isonzo, y cuando los creíamos en Trieste, nos aparecen en el Col di Lana, en la región de las nieves perpétuas. Ahora sí que podrá decirse que son unos frescos. Es como si se subieran a la parra. Tienen miedo al reuma y no quieren mojarse los pies en el Isonzo. El día menos pensado buscarán refugio en el Monte Blanco.

(El señor A).—La conquista de Col di Lana es uno de los hechos más gloriosos de esta guerra; téngalo V. por sabido.

—Lo reconozco; pero V. no habrá olvidado que el que va por Lana sale...

(El señor B).—¿Trasquilado?

—¡Por pies, y si puede ser en aeroplano, mejor! ¡No estarán poco fríos en el Col! Concibo el entusiasmo que debe de reinar en Italia, y cómo estrujará su meollo el poeta insigne para sacarse de la cabeza una nueva oda. ¡Col di Lana! Ha destronado al Laberinto y a la Casa del Barquero, y hasta el mismo Isonzo resulta risible a su lado. ¡Eso sí que es elevar la guerra a las más altas cumbres! ¡Pobre Aníbal! ¡Cuán pequeño debe verse el Trasimeno desde el Col di Lana! En adelante, para distinguir a los italianos será menester valerse del telescopio.

(El señor A).—¡Despáchese V. a su gusto, don Subrio, que no por eso los italianos dejan de obtener éxitos diarios!

—Me traen loco los tales éxitos: cada día los alpini y los bersaglieri y compañeros cogen prisioneros, conquistan fortines, toman trincheras y.... la



capa sin parecer. Aunque no se hayan apoderado diariamente más que de dos trincheras, que es lo mínimo de la palabra en plural, en 193 días de guerra habrán caído en sus manos 400 trincheras; ¿dónde las metieron los austriacos? Han avanzado los del Col di Lana, desde que tropezaron con los austriacos, doscientos metros, de modo que las líneas de trincheras distaban entre sí medio metro. Aquellas posiciones han de ser verdaderos emparedados. ¡Misterios de la guerra!

(El señor B).—Por lo demás, señor A, en cuanto los italianos desembarquen en San Juan de Medua y atraviesen las montañas de Albania...

—Pero ¿V. cree que los italianos son tontos? ¿A qué escalar los picos de Montenegro teniendo tantísimos, de nombres más sonoros, en sus fronteras?

(El señor A).—Se darán entonces la mano con los franco-ingleses, Grecia por fin declarará la guerra a los búlgaros, Rumanía invadirá la Transilvania, Persia atacará a Turquía, Dinamarca abrirá sus puertas a Inglaterra, Holanda hará causa común con Bélgica, Suecia...

—¿Dónde dejan Vds. el cólera, la peste y los terremotos?

(El señor B).—Pero lo más decisivo será la expedición yankee-japonesa, cuyos preliminares, en forma de acuerdo, están muy adelantados...

(El señor A).—Portugal saldrá, por fin, de su actitud espectante...

(El señor B).—Hay indicios, también, de que Hungría proclamará su independencia, y de que la Polonia alemana se alzarán en armas.

(El señor A).—¿Dejamos respirar a don Subrio, señor B?

—Quienes han de respirar son los amigos de ustedes, que están a punto de ahogarse. Prosigan ustedes edificando *chateaux en Espagne*, según la bondadosa frase de la dulce lengua de Molière, mientras yo calculo los millares de kilómetros cuadrados...

(El señor B).—¿Conquistados por los alemanes? ¡Ja, ja! Se los arrancaremos de su poder, y encima quitaremos a tiras el pellejo de los invasores.

—Los cuales están a punto de aplicar unos inventos, que estudiaban hace tiempo.

(El señor A).—¿Otros gases asfixiantes, lacrimógenos, tóxicos, negros?

—¡Peor, mucho peor que eso! Y de eficacia absoluta; que no falla, ni puede fallar.

(El señor B).—¿Líquidos incendiarios, granadas venenosas, garfios...?

—¡Bah! ¡Quién piensa en esas bagatelas? Les digo a Vds. que es infalible.

(El señor A).—Seguramente, algo inhumano, cruel, sanguinario, feroz...

—¡Todo lo contrario! El primer invento consiste en una especie de electro-imán que tiene la propiedad de hacer abrir las fauces a todos sus adversarios; el segundo, se reduce a la fabricación de unas piedras grandes, redondas...

(El señor B).—¿Parecidas a las ruedas de molino?

—¡Exactamente! Y el tercero tiene la forma de queso, y se da al tiempo de comulgar con el segundo invento. Para los descreídos y excépticos tienen preparados unos aparatos más sencillos, de sencilla manipulación, con los que se aplican las *ayudas*. ¿Van ustedes comprendiendo?

(El señor A).—Todo lo que V. quiera, pero pronto quedarán abiertas las fronteras de Austria y Alemania, y...

—Se engaña V.: las cubrirán con pan de guerra, y ¡que les entren moscas o moscones!

(El señor B).—No me hago cargo del chiste.

—No es mío; no me gusta engalanarme con plumas ajenas; es de origen francés; porque sin duda saben Vds. que no es posible que ningún defensor de la civilización puede acercarse al pan de guerra, que, según la espiritual frase del delicado genio francés, se denomina *pan KK*.

SUBRIO ESCÁPULA

## ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN STRUMNITZA

(Macedonia serbia)

Un periódico inglés publica la siguiente interesante carta de un médico militar francés a su esposa residente en Inglaterra, relatándole episodios de las operaciones del ejército desembarcado en Salónica.

Estación de Strumnitza, 26 de octubre.

Desde el 19, estamos establecidos en el ferrocarril Salónica-Uskub, en un lugar llamado Estación de Strumnitza, distante 20 kilómetros de la población búlgara Strumnitza. Hay aquí un puente sobre el Vardar, que los búlgaros han tratado de tomarnos, pero han recibido una terrible lección. Las tropas defienden el monte y es frecuente el tiroteo.

Como te dije en mi última, de Salónica, la orden de partir al frente serbio se nos dió a primera hora del 18 de octubre; debíamos de tomar el tren de las ocho de la noche del mismo día. Se recogieron nuestras tiendas, empapadas por la fuerte lluvia. El jardín del Seminario de Zeitenlack, donde yo había dormido varias noches, estaba anegado y las flores, deshojadas y mustias, no despedían aroma. Metimos nuestras ropas de cama y de uso, completamente mojadas, en las maletas, y cuando el equipaje estuvo listo y cargado en los carros, fui a hacer algunas visitas a mis amigos de Salónica. Había sido recibido por una familia simpática y distinguida, y durante algunas horas me encontré de nuevo en una sociedad femenina, rodeado de las pequeñas atenciones de que estoy privado hace tanto tiempo. Pasamos la tarde en el cine, donde se exhibieron películas de asesinatos y de guerras, adioses patéticos y escenas desgarradoras... Me despedí a las seis, pensando que tenía tiempo sobrado para tomar el tren, pero la estación dista de seis a ocho kilómetros de la ciudad, y nadie sabía la dirección. Anduve de un lado a otro, casi reventé dos caballos y llegué a la estación cuando faltaban dos minutos para las ocho. Salté al tren: «V. no partirá hasta mañana por la mañana». Mis baúles, caballos y criados estaban ya en el frente del ejército. Llovía. Los pies se hundían en el barro. Tratamos de dormir en las salas de espera de la estación, pero se hallaban atestadas. Por fin descubrimos en la obscuridad un vagón vacío. Unos cuantos haces de paja y nos acomodamos muy bien. Comimos algunas conservas. Pronto se nos reunieron otros oficiales. En el improvisado dormitorio no tardaron en resonar los ronquidos. Partimos a las siete





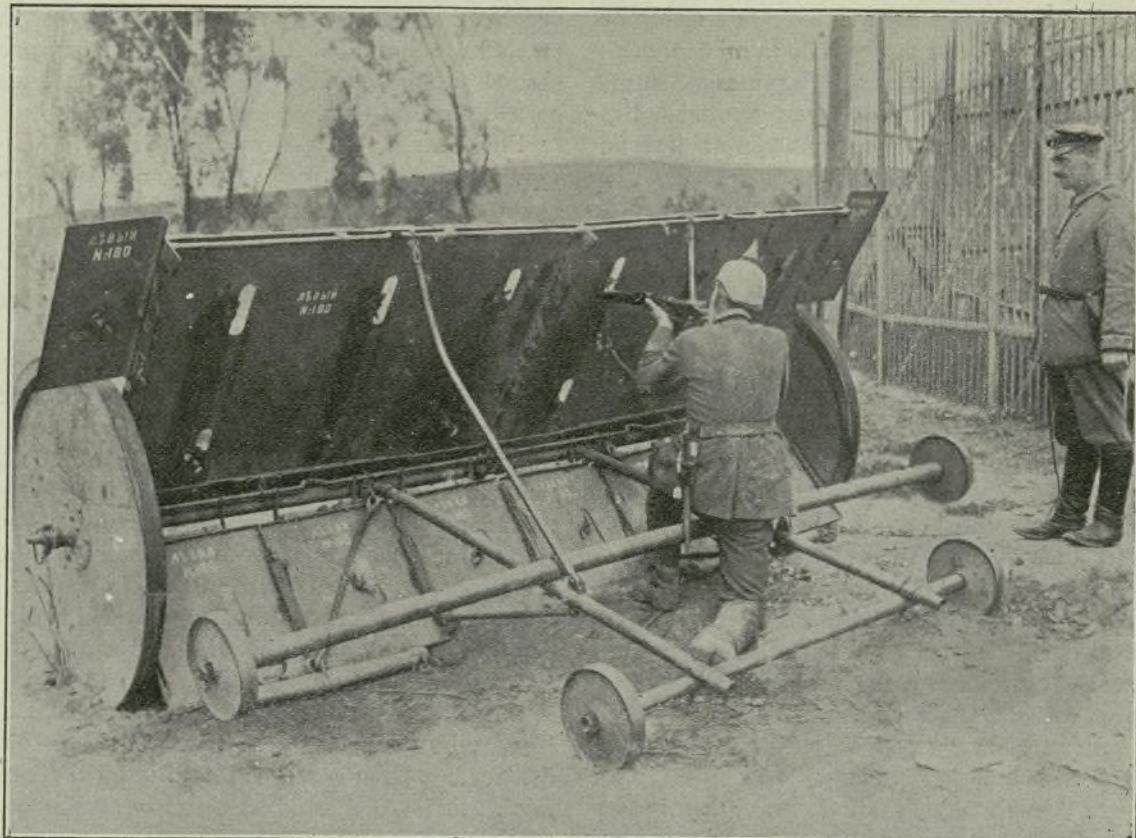
Salida de la guarnición rusa de Novo-Georgievsk, como prisioneros de guerra



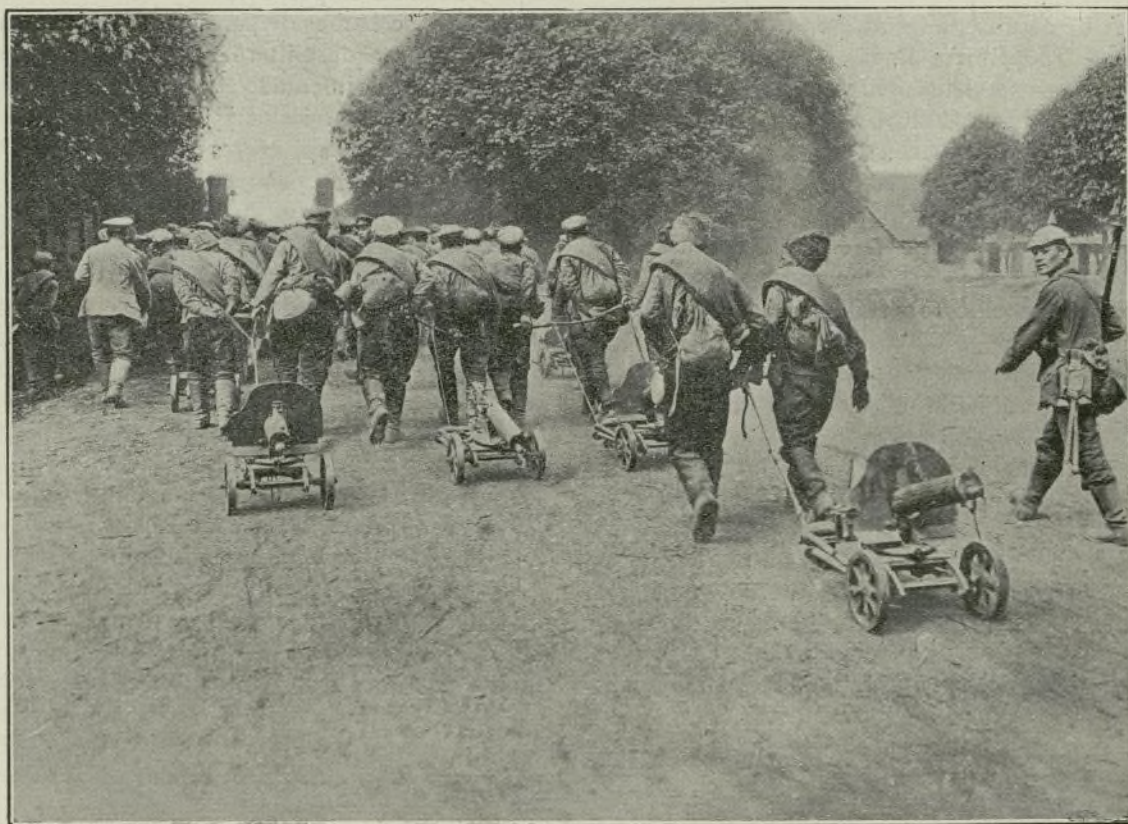
Artillería alemana acercándose a Vilna, por la carretera

Ayuntamiento de Madrid





Escudo de acero movable encontrado por los alemanes en la fortaleza de Grodno. (En las plazas rusas había muchos centenares de tales escudos, cuyo empleo no resultó práctico)



Prisioneros rusos, arrastrando sus ametralladoras



y media de la mañana siguiente y el viaje duró toda una jornada. Estuvimos esperando en la estación de Davidovo desde las once y media de la mañana hasta las ocho de la noche. Por fin llegamos a Strumnitza. Llovía a torrentes. Nadie nos aguardaba. Sin embargo, habían levantado mi tienda en un huerto, bajo los árboles, en medio de un mar de barro. El ruido y el olor me dieron a conocer que por allí había cerdos. En toda la noche cesó el ruido de los trenes que conducían tropas serbias hacia el N.

En la mañana del 20, sin cesar la lluvia, exploré la población. Está en un valle u hondonada, entre montañas. El Vardar y la línea del ferrocarril pasan por un desfiladero. La lluvia impedía ver las montañas, dominantes, del otro lado del río. Todo es nuevo para mí. Jamás he visto tan enormes montones de inmundicias. Las casas están abandonadas en gran parte; los campesinos han cedido sus agujereados colchones a los soldados serbios del ejército territorial. De vez en cuando tropezamos con soldados nuestros, fatigados, calados hasta los huesos, tumbados en busca de descanso. Por todas partes se ven ropas sucias, perros, sábanas en mal estado; algunos habitantes, olvidados en las esquinas, tiritan por la fiebre. ¿Será ya esto el tifus? En los corrales, están sacrificando ganado y cerdos. ¡Qué refugios! ¡Qué viviendas! Y fuera, sigue la lluvia, cayendo sobre un fango negro y formando lagunas... Al cabo, descubro una casa que sirve para ambulancia. Inmediatamente resuelvo desinfectarla y blanquearla. Traslado mi tienda al lado de la ambulancia, a un pequeño lugar llano, de dos a tres metros de alto junto a la vía férrea. Está expuesto al fuego enemigo, si somos atacados, pero no puedo conciliarlo todo. Duermo en mi tienda. Lluve toda la noche, como ha llovido todo el día.

El 21 de octubre, a las nueve, monto a caballo y me dirijo a la primera línea, a inspeccionar cómo funcionan mis servicios médicos en el frente que va desde Strumnitza a Cestovo y Dedeli. El tiempo ha mejorado; apenas llueve. Las montañas aparecen bien; lo que la lluvia impedía ver, ahora se distingue. El camino es bueno, incluso para los vehículos. Llegamos hasta Dedeli, donde la artillería ha tomado posiciones. Luego retrocedemos a Cestovo, y almorzamos con el coronel B. y el doctor P., del X. regimiento.

Apenas empezamos a comer, suenan los disparos. Truenan los cañones búlgaros. Con nuestros gemelos de campaña, vemos caer las granadas en Valandovo. Un batallón del X. regimiento sale de este pueblo para tomar Rabrovo; sus movimientos se siguen muy bien desde aquí.

Durante nuestro regreso a la Estación de Strumnitza, el tiroteo se ha hecho tan intenso, que no parece prudente marchar por la carretera. Tomamos por los bosques y pueblos abandonados, al S. de la carretera. Encontramos abundantes rebaños de ove-

jas y cabras, sin guardianes, mujeres descalzas, cargadas con sus miserables ajuares, que huyen. Es un espectáculo horrible. Llevan lejos cuanto poseen, pero el peso las oprime y caen; entonces, abandonan parte de sus efectos y siguen la huida.

Por la tarde se nos dice que Rabrovo ha sido tomado por nuestras tropas. En la noche llegan los heridos. Duermo en mi tienda, bajo una fuerte lluvia, y cuando me despierto, el 22, observo que continúa el fuego y que las balas caen a nuestro alrededor. Oímos otra vez aquel silbido que nos es tan familiar. Había dispuesto que ensillaran mi caballo, para reconocer algunos manantiales, pero precisamente los búlgaros disparan en aquella dirección, y tengo que abandonar mi proyecto. Cabalgo en pleno campo. Los soldados, bajo la lluvia, van a tomar posiciones en las alturas, donde castañetea las ametralladoras y los fusiles. Me detengo en el cementerio serbio: hay allí 200 tumbas recientes, en línea y todas iguales; son las sepulturas de los serbios heridos, rematados por los búlgaros una noche. No puede uno menos de impresionarse con lo que este acto significa.

Mis ambulancias no me parecen a salvo de las balas, y busco otro sitio mejor, en la orilla opuesta del Vardar. El puente es muy alto y tiene ochenta metros de largo. Las tablas del piso están en mal estado y no hay barandillas. Las aguas del río crecen rápidamente, formando torbellinos. Me acomete el vértigo, y un camarada tiene que ofrecerme el brazo. Silban las balas. Terminada mi misión, regreso a la una de la tarde. El cuartel general no participa de mi opinión acerca de cambiar el sitio de las ambulancias, las cuales, sin embargo, pueden estar listas para el traslado en menos de una hora, porque las cajas no se han empacado.

Apenas acabamos de pasar el puente, estalla sobre él una granada. Si tardamos cinco minutos más, habríamos experimentado algo más que la conmoción. Nuestras baterías de 75 responden en el acto. Los formidables ecos sorprenden hasta los soldados más acostumbrados a la guerra. La lucha es seria; nos atacan fuerzas importantes; nuestros cañones aumentan la velocidad del fuego. Llegan heridos de todas partes. Sabemos que un comandante y varios oficiales han sido muertos. La situación es grave.

Pero yo debo detenerme. Gracias a la lluvia, que me impide ir al frente, puedo escribirte; de lo contrario, estaría sumergido en informes, cartas y papeles, ocupaciones de mi elevado (!) cargo; porque aquí sólo hay una división, y yo tengo el título de «Director». Hasta los gastos están a mi cuidado. Anteayer, pedí 50.000 francos al Pagador. La higiene de las tropas es prodigiosa; todo ha de crearse. Pero estoy bien secundado, y sé lo que necesito. Hemos de tratar y asistir a 200 heridos; además de los casos de enfermedad. Casi siempre estoy a caballo. Ayer, recorrí 50 kilómetros, pero me encuentro muy bien.



## CRÓNICA MILITAR

I. Acerca de la unidad de acción de los aliados.—II. El error de la expedición a Salónica.—III. La situación del ejército franco-inglés en Macedonia.—IV. La campaña contra Serbia.—V. La situación el 27 de noviembre

### I.—Acerca de la unidad de acción de los aliados

En la sesión celebrada en la Cámara de los Comunes el 10 de octubre, el presidente del Gobierno inglés, mister Asquith, declaró que se habían tomado medidas para concertar la acción militar de los aliados y para dirigir la guerra de un modo más eficaz que hasta entonces. Las disposiciones adoptadas son cuatro.

En lo que atañe exclusivamente a Inglaterra, ha cesado la pesadumbre—según la frase de un diputado inglés—que ejercía el Ministerio de la Guerra sobre el Estado Mayor del Ejército; durante quince meses quedó este último oscurecido por la vigorosa personalidad de Lord Kitchener, y de hecho no existió tal Estado Mayor, cuya necesidad la han patentizado los descalabros padecidos por los aliados. Dentro del Gobierno, se ha formado un Comité director de la guerra, compuesto por el Presidente, el primer Lord del Almirantazgo, el Ministro de Municiones, el de las Colonias y el de Hacienda, Comité al que se someterán los asuntos de la guerra y que entenderá en ellos, en lugar de examinarlos el Gabinete en pleno, como sucedía antes.

En lo relativo a la acción de conjunto, que estaba encomendada a la muy débil de los agregados militares y a las visitas que de tiempo en tiempo se hacían a un ejército por generales y ministros del otro, el Gobierno francés ha nombrado con carácter permanente un jefe que estará en relación con el Ministerio de la Guerra inglés, y éste ha destacado varios oficiales al Ministerio de la Guerra de Francia. Aparte de esto, ambas potencias han llegado a un acuerdo para formar una junta mixta que tome a su cargo la dirección de la guerra, y han invitado a que tomen parte en ella a los Gobiernos de Italia y Rusia.

Que la experiencia de quince meses de campaña haya sido necesaria para llevar al ánimo de los Gobiernos aliados el convencimiento de que era menester dar unidad a las operaciones, es un hecho verdaderamente sorprendente; porque bastan los conocimientos técnicos más rudimentarios para saber que esa unidad es indispensable siempre, y más aún en las alianzas, y que su olvido ha conducido siempre al fracaso. Y como no es posible inferir a los Gobiernos, ni a los cuarteles generales de los aliados el agravio de suponer que ignoraban aquel principio elemental, hay que inferir que se opusieron a su aplicación práctica, divergencias de criterio irreducibles: esto es lo sorprendente, porque sin acción concertada nadie salía beneficiado y todos perdían.

¿Serán eficaces las medidas anunciadas por mister Asquith? En el concepto profesional, la respuesta no es dudosa: subsistirá el resultado de cosas antiguo, se le habrá dado otra forma, pero el vicio fundamental continuará lo mismo. No son juntas, ni comités, ni asambleas, lo que se necesita para dirigir la guerra, sino una voluntad única y soberana. Y esto no es un caso particular o excepcional, porque

acontece en todos los órdenes de la vida. Cuando la existencia y el porvenir de una nación se encomiendan al ejército, todos los ramos de la administración y todas las energías nacionales han de supeditarse a las necesidades y objetivos de aquel; las involuciones, las intromisiones, son funestas. En tiempo de guerra, el ejército es el conjunto de la nación armada, y su empleo sólo debe confiarse a las personas competentes y educadas años y años para este fin; la intervención de otras, por eminentes que sean, indoctas en milicia, en la dirección de las operaciones y en apreciar la oportunidad de los movimientos de tropas, es una torpeza imperdonable.

Hasta ahora, a juzgar por las discusiones habidas en las dos Cámaras británicas, a los generales en jefe sólo se les ha dejado una libertad muy relativa; pero ha faltado en absoluto el mando supremo y único, con facultades sobre todos los ejércitos. Con las medidas enumeradas por mister Asquith no se llenará esta laguna, y mientras exista no se habrá remediado el mal; a lo sumo se reducirán sus proporciones, pero aunque el Consejo superior de los aliados se redujera a un miembro por cada país, la diversidad de opiniones sería inevitable. Más interesante es todavía el reconocimiento de que los Ministerios de la Guerra de las dos naciones se pondrán simplemente en relación, para coordinar sus esfuerzos; lo que convendría no es esto, sino que una misma entidad se impusiera a ambos Ministerios.

Las juntas, comités y órganos de enlace se sintetizan en una sola palabra: *consejo*, sinónimo de pérdidas de tiempo y de que uno o varios miembros—dígase países—tengan que ceder y se sientan lastimados en lo íntimo; cuando en la guerra lo que importa es la *acción*, emanada de una sola *voluntad*. La experiencia de los enviados civiles a los cuarteles generales, durante las guerras de la República, no pudo ser más concluyente; aquel desorden desapareció como por encanto al surgir el jefe único, Napoleón, y las tropas parecieron transformarse en otras nuevas. Por eso, sólo han llegado por excepción a la categoría de caudillos de primer orden los generales que únicamente tenían mando militar; con excelente criterio y una sagacidad que nunca se elogiará bastante, los monarcas, primero prusianos, y luego alemanes, de los últimos sesenta años, no se han limitado a dejar en plena libertad al general que dirigía la campaña, sino que han robustecido sus poderes, amparándole con la autoridad del soberano.

El problema que han tratado de resolver los aliados, y que se les planteó el 2 de agosto de 1914, no admite términos medios: o continúa cada cual obrando a su antojo y según cree que conviene a sus intereses; o nombran un jefe único, con poderes omnímodos sobre todos los ejércitos. Se facilitaría la solución si en estos dieciséis meses de guerra las victorias hubieran consagrado un prestigio, proclamado un nombre indiscutible. Como no ha sido así, y los objetivos de las potencias aisladas pugnan entre sí en muchos puntos, se tratará de simplificar y engrasar



el mecanismo, pero resultará siempre demasiado complicado. Es la debilidad mayor de las alianzas, que la he señalado hace mucho tiempo a mis lectores.

Penosa ha debido de ser para mister Asquith la confesión de la necesidad del Estado Mayor del Ejército, organismo vitalísimo, imprescindible, pero cuyos frutos se cosechan a largo plazo, que jamás da resultados tangibles inmediatos.

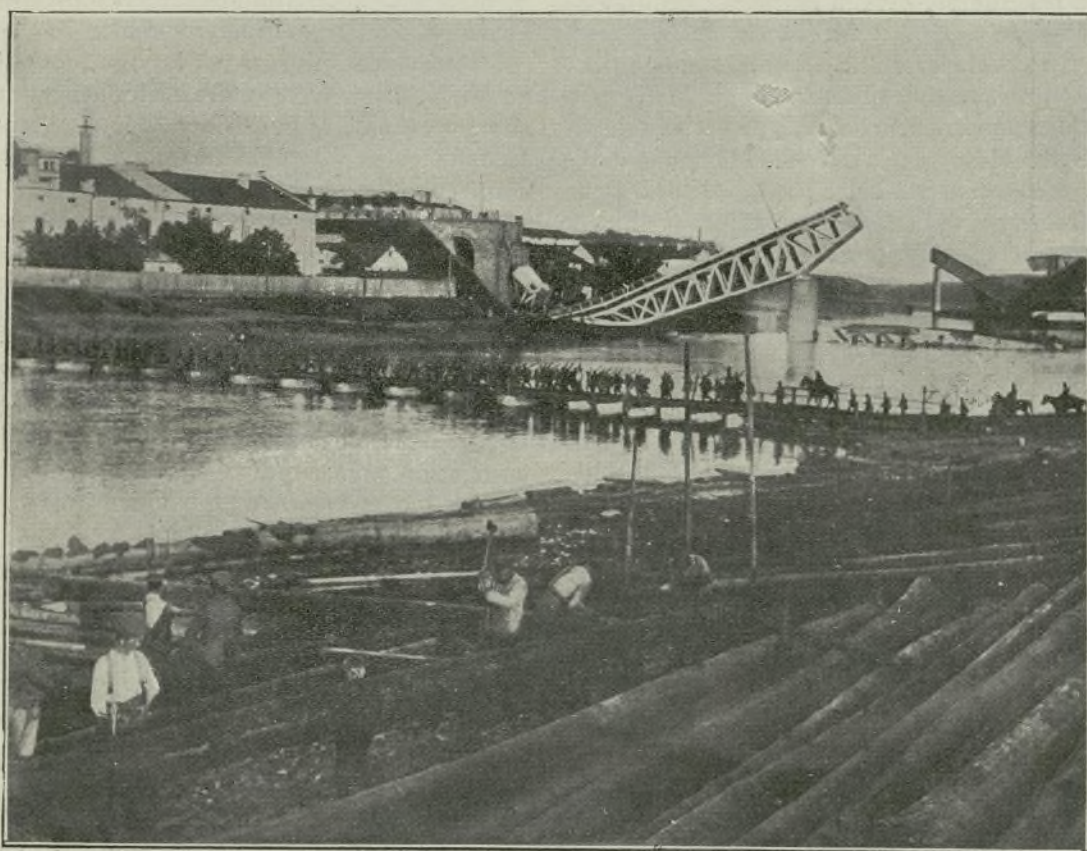
Todo ello confirma lo que he dicho varias veces: Inglaterra no estaba preparada para una gran guerra; ha tenido que forjar a última hora el instrumento, se ha visto en la necesidad de improvisarlo, y se debate impotente. Con la tercera parte del gasto y la cuarta de las energías que ahora ha empleado, invertidas en tiempo de paz, habría conseguido mucho

continentales, aunque los de Inglaterra parece que han de dirigirse a una acción enérgica en Oriente.

## II.—El error de la expedición a Salónica

He dicho ya en otra ocasión que la iniciativa en las operaciones es una ventaja inmensa, que han cuidado siempre de tener de su parte los Imperios centrales, motivo más que sobrado para que sus adversarios no acudiesen al terreno donde se les llamaba, sino que hicieran uso a su vez, de tan preciosa facultad. No han obrado así; al contrario, se han sometido dócilmente a la iniciativa ajena.

La expedición a Salónica y Macedonia serbia es un caso digno de estudio. Mientras hubo posibilidad de que las tropas aliadas llegasen a tiempo de pres-



Infantería alemana entrando en la plaza rusa de Grodno, por medio de un puente de circunstancias

más; porque si, por acaso, el triunfo fuera de los aliados, al ejército inglés le correspondería una mínima porción, y no ciertamente por culpas propias, ni defectos inherentes a su manera de ser.

Harto interesante es la vida de los pueblos, para que lo que toca de más cerca a su existencia se deje a los apremios y las confusiones de última hora; y el triste ejemplo que han dado los aliados con motivo del auxilio proyectado en favor de Serbia, debe de servir de enseñanza general. Se deduce de las palabras del primer ministro inglés, que los acuerdos mencionados tuvieron lugar a últimos de octubre o primeros de noviembre, antes del 6, a pesar de lo cual no se han traducido en hechos que mejoren la situación militar. Si, efectivamente, se llega a un concierto efectivo, su primera consecuencia será una ofensiva simultánea de los aliados en todos los frentes: no a otra cosa se enderezan los propósitos de los aliados

tar su auxilio eficaz a los serbios, que les pusiera en condiciones de contener la ofensiva austro-alemana, pudo ser discutible la oportunidad y el acierto del envío de tropas a Grecia. Pero una vez demostrado—y ello se ha patentizado hace un mes—que el apoyo era tardío, se imponía el abandono inmediato, total y absoluto de una expedición que, sin ofrecer ventajas, exponía a rudos contratiempos.

Ciertamente, para desenvolver la campaña contra Serbia, los austro-alemanes han tenido que desprenderse de tropas, que no pueden ya emplear en los otros frentes; más ¿padecen por esta nueva campaña las operaciones contra Rusia, Italia o Francia? A la defensiva, hace largos meses, en los teatros occidental y meridional, y teniendo ante sí posiciones fortificadas sólidamente y ejércitos muy superiores en número, no es de creer que el medio millón de hombres acaudillado por Mackensen hubiera sido



bastante para romper el equilibrio en favor de Alemania o Austria, tanto porque los adversarios continuaron siendo más numerosos, como por las tremendas pérdidas que una ofensiva acarrearía. En el frente ruso, los 500.000 austro-alemanes empeñados contra Serbia, enviados a Volinia o al Duina, seguramente derrotarían a las tropas del Czar y pusieran en manos del vencedor nuevos territorios, pero ningún punto de tan marcada importancia estratégica, que su posesión precipitara el término de la guerra; en compensación, se habría alargado el frente, se necesitarían más soldados para guardarlo, y menos factible fuera atender a los otros dos, en caso de necesidad.

No creyendo los Imperios centrales que un ataque a fondo en los otros frentes compensara con sus posibles ventajas las pérdidas inevitables en hombres y material; es decir, opinando que una victoria hoy podría dejarlos desarmados mañana, han ido a buscar la decisión de la guerra a donde les ha parecido que podían encontrarla con menos sacrificios y más certeza, y de aquí la campaña en los Balkanes.

Teniendo a su lado a los búlgaros y turcos, no han necesitado valerse de ejércitos innumerables, bastándoles un núcleo, relativamente corto, para que a su alrededor se concretaran las fuerzas militares balkánicas. De esta suerte, el medio millón de austro-alemanes han equivalido, para los efectos de la guerra, a cerca de dos millones de hombres, sumando los turcos y los búlgaros. Además, el teatro balkánico está enlazado naturalmente por tierra con Hungría y Bosnia, y las líneas de comunicación son rápidas y seguras. En una palabra, la ofensiva contra Serbia ha ensanchado, prácticamente, el territorio de los Imperios centrales y aumentado sus ejércitos y sus recursos, deparando una puerta de salida que tanto anhelaban y necesitaban.

Para operar con probabilidades de éxito, los aliados tendrían que llevar a los Balkanes millón y medio de hombres, por lo menos, esfuerzo colosal que no es el aspecto más importante de la empresa. Con una larguísima y precaria línea marítima de comunicación, sin verdadera unidad de mando, ni de instrucción en las tropas; en un país extraño, que puede trocarse en hostil en el momento menos pensado; sin base natural; en terrenos dados al desarrollo de epidemias; y teniendo que operar amenazados por el frente y por un flanco, y acaso muy pronto también por el otro, los franco-ingleses han de contar—y no hay más que mirar a Gallípoli para convencerse de lo que sigue—que un ejército de millón y medio de hombres en la Macedonia serbia, supone más de dos millones antes de tres meses, y dos millones y medio de hombres a los seis meses. Estos efectivos, que han de nutrirse y sostenerse por mar y con tropas restadas a los otros frentes, serán pronto insuficientes, porque cuantos más soldados desembarquen en Salónica, más libre de preocupaciones quedará Turquía, y podrá reunir en los Balkanes la casi totalidad de sus fuerzas militares, que en un plazo no largo, y bajo la inspección alemana, se contarán por millones de combatientes. De donde se infiere, que por muchos y grandes que sean los sacrificios de los aliados, están condenados a ser siempre más débiles que el adversario, sin que vislumbren

siquiera la esperanza de que su situación se consolide como lo está ya la del enemigo, que posee comunicaciones terrestres y opera, de hecho, en su propio territorio.

Pero aunque la guerra no se resolviera pronto a favor de los austro-alemanes y de sus aliados los turco-búlgaros, los primeros habrían ganado la ventaja efectiva de anular con medio millón de hombres millón y medio o dos millones de enemigos, y la no menos importante de que Francia e Inglaterra tuvieran que distraer su atención, emplear parte de sus recursos y gastar sumas fabulosas, en entretener una campaña que apenas consume energías de los Imperios centrales.

Lanzados de lleno los aliados a esta empresa, verdadera sangría sin fin, sería posible una ofensiva de alemanes eficaz y decisiva en Francia o en Italia, ataque en el que ahora no pueden poner esperanzas.

Es indudable, también, que una campaña lejana, en las condiciones de la Macedonia, agota bastante más que otra desenvuelta en el propio país con doble número de hombres, sin que, a pesar de todo, quepa esperar de la primera los frutos que se obtendrían de la segunda. Militarmente, no se encuentra explicación al plan de los aliados, todavía comprometidos en la expedición de Gallípoli, cuyo final puede proporcionarles serios disgustos, por las repercusiones que tenga en lejanas tierras.

Si el ejército enviado a Salónica no es más que un instrumento, el más eficaz, de la diplomacia de las potencias aliadas, es cosa que no toca averiguar; pero bien claro está que en aquella península la mejor diplomacia es el éxito militar. Sin la derrota de Rusia, no hubiera sido posible la invasión de Serbia.

¿Están tan sobrados de fuerzas los franceses y los ingleses, que no padecerá la situación en el frente occidental por esa desviación de las energías en otro sentido? El tiempo lo dirá; pero, entre tanto, bueno es hacer constar que los austro-alemanes, en posesión de sus vías férreas enlazadas ya con las búlgaras y turcas, tienen la facultad de llamar a otros teatros al ejército de Mackensen, que intervendría en Rusia, en Italia o en Francia a las pocas semanas—tres o cuatro—de recibir el aviso; mientras que los cuerpos aliados que desembarcan en Gallípoli no podrían intervenir en Francia antes de algunos meses de ser llamados; cuanto más numerosos sean, tanto más definitivamente perdidos serán para las operaciones en los otros frentes.

Para afrontar la amenaza de un alzamiento de todo el Balkán al lado de los Imperios centrales, no había mejor camino—en el concepto militar—que responder a la iniciativa del enemigo con otra propia; el lugar indicado para ella estaba en los antiguos teatros europeos, pero si las fracasadas tentativas anteriores aconsejaron desistir de nuevos ataques, era preferible arrojarlos contra el punto más débil del enemigo, esto es, Palestina o, mejor aún, Mesopotamia. No han obrado así, sino que han acudido al palenque donde les retaban; y como no es admisible que estas consideraciones hayan quedado ocultas a los cuarteles generales de los aliados, menester será creer que Francia e Inglaterra cuentan con algún factor, desconocido hasta ahora. Hay que insistir, no obstante, que en la guerra los factores que no son de



orden militar pesan poco, figuran en lugar secundario.

### III.—La situación del ejército franco-inglés en Macedonia

El efectivo de las fuerzas que tenía a sus órdenes el general Sarrail era de 70.000 hombres, según noticias oficiales, el día 18 de noviembre, y el contingente británico ascendía a 30.000 hombres, en total, cien mil. Desde aquella fecha, los desembarcos han continuado y el ejército se ha ido reforzando, pero es muy dudoso que se haya llegado a duplicar la cifra total. Suponiéndolo así, admitiendo más, todavía, que las tropas expedicionarias lleguen a 250.000 hombres, ¿pueden contrarrestar la ofensiva búlgara, ni entorpecer la acción de los alemanes en Gallípoli y el Asia Menor?

Las divisiones turcas encargadas de vigilar las costas del mar Negro y del mar Egeo, permiten a los búlgaros dedicar su ejército a guardar la frontera rumana y a combatir contra serbios y franco-ingleses. Cien mil hombres son más que suficientes para el primer objeto, y restarán disponibles trescientos mil para el segundo. Esta última masa aún no se ha concentrado en el S. de Macedonia, pero a medida que descienden hacia el S. los austro-alemanes y que los serbios son empujados a las montañas de Montenegro, disminuye la necesidad de las tropas búlgaras en el N., y muy pronto todas ellas, salvo las destinadas a ocupar los territorios conquistados, se encontrarán haciendo frente a los aliados. 250.000 hombres estarán antes de quince días combatiendo contra ingleses y franceses, y, llegado este momento, ¿habrá equilibrio numérico en los dos bandos?

Salónica dista de Gradosko, punto avanzado de las fuerzas de Sarrail, 150 kilómetros; la línea de comunicación se reduce a una mediana carretera y a un ferrocarril de una sola vía, y en 70 kilómetros de su longitud se desenvuelve a inmediación de la frontera búlgara o casi en contacto con las tropas búlgaras; como la existencia del ejército depende de la estabilidad de dicha línea, es menester poner tanta atención, por lo menos, en su custodia, como en el frente de batalla. Tampoco cabe descuidar, al contrario, la base de operaciones, y ambos menesteres consumen, para no pecar de exagerado, cien mil hombres. Esto, dando por descontada, no ya la neutralidad, sino la amistad sincera de Grecia. De esta suerte, para que el ejército expedicionario no se encuentre en condiciones de inferioridad con respecto al búlgaro, es menester que su efectivo sea de 350.000 hombres, cien mil hombres más de los que ahora lo componen, si los aliados han realizado el esfuerzo extraordinario de triplicar en menos de un mes los efectivos que tardaron cinco semanas en poner en Salónica.

Aun así, su situación será poco envidiable. Contenidos de frente y amenazada por el O. la línea de comunicaciones, en virtud del avance búlgaro sobre Monastir, lo está también por el E. Por si esto fuera poco, la mitad del ejército de von Gallwitz—cien mil hombres—estará muy pronto en disposición de apoyar a los búlgaros, y casi otros tantos turcos entrarán en línea junto a la frontera greco-búlgara.

Preven los aliados está próxima crisis, y es de

creer que esperan salvarla llevando a Salónica el resto de las tropas que aún combaten y se sostienen en Gallípoli; pero inmediatamente que se abandone esta empresa, un poderoso ejército turco se encontrará en disposición de acudir a Macedonia o de trasladarse al canal de Suez, y el peligro para los aliados, lejos de disminuir, se agravará.

Mírese como se quiera, la expedición a Salónica resulta muy aventurada. En empresas de esta índole, el primer requisito que debe cumplirse es la rapidez de acción, y este requisito ha faltado desde el primer momento. Si la campaña en Gallípoli fracasó, no teniendo enfrente los aliados más que al ejército turco ¿qué acontecerá ahora sumándose a los búlgaros los turcos y los austro-alemanes, en comunicación segura estos últimos con sus respectivos países, y disponiendo de una sola y precaria línea de enlace con una base tan frágil como Salónica? A la altura que ha llegado la campaña, la cooperación de Italia sería poco decisiva, dado el estado de agitación de Albania, y el apoyo directo de Rusia es extremadamente difícil. Sólo la intervención de Grecia y Rumanía podría mejorar la situación.

Cuando todas las probabilidades están en contra de los aliados, el persistir en la expedición a Macedonia debe de reconocer como causa alguna razón de más peso que el amor propio de Inglaterra o el de Francia, sólo interesada secundariamente en esta campaña. Relacionando lo que acontece en Macedonia con la energía que despliegan los rusos en el Styr y el Strya, se llega a la consecuencia que así como el consejo de Rusia pesó decisivamente en los ataques de los Dardanelos, también ahora es Rusia la que ha impuesto en cierto modo la campaña en Macedonia. Por consiguiente, debe de colegirse que el resultado final de las operaciones encomendadas a los generales Sarrail y Monro repercutirá antes en Rusia que en Inglaterra, y que las últimas batallas que se libren en Macedonia serán el prólogo de otras más sangrientas, en Galizia y Besarabia, que definirán la actitud de Rumanía. Los austro-alemanes, dije en otra ocasión, han de intentar otro esfuerzo en Galizia, y este esfuerzo requiere como preliminar el término de la campaña en Macedonia.

### IV.—La campaña contra Serbia

El desventurado ejército serbio puede darse por destruido. Más de cien mil prisioneros y casi toda su artillería han caído en manos de los invasores, pero con ser graves estos quebrantos, nada significan ante la pérdida de toda la Vieja Serbia, y casi toda la Macedonia. Arrojados hacia las fronteras de Montenegro, sin comunicaciones con el resto de Europa, privados de abastecimientos y recursos, los serbios no tienen ya esperanzas de salvación: los restos de su ejército se dispersarán o habrán de deponer las armas, salvo pequeños contingentes que, cual fuerzas irregulares, se obstinen en sostenerse en las montañas montenegrinas viviendo a costa del país. Pero si, como es de suponer, Austria completa la campaña de Serbia con otra contra Montenegro, aun limitándose a ocupar las desembocaduras de los valles, la resistencia en los Balkanes será de corta duración. No tropezarán los invasores con otros obstáculos que los opuestos por los franco-ingleses y la



intervención, eventual y dudosa, de algún otro Estado.

¿Cómo se ha desarrollado, en líneas generales, la campaña contra Serbia? Dos ejércitos, partiendo de bases diferentes y siguiendo líneas de operaciones distintas, tienen a su cargo cometidos también diferentes, que se complementan. Los austro-alemanes salvan las fronteras fluviales del N., y lentamente, metódicamente, avanzan empujando ante sí a los serbios, que han concentrado sus fuerzas principales junto al Danubio y el Save. El avance no es simultáneo, sino que alternativamente progresan las dos alas, y cada una sirve de eje de giro a todo el frente apenas ha adelantado algunos kilómetros. De este modo, el ejército serbio está constantemente amenazado por un movimiento, ora contra uno de sus flancos, ora contra el otro, y se ve obligado a retroceder sin conseguir presentar una resistencia tenaz en ninguno de los dos; además, esos retrocesos alternativos concluyen por quebrantar la cohesión y la solidez del frente de batalla, y la retirada se precipita a medida que transcurren los días. Para ejecutar esta maniobra sucesiva de ala, Mackensen sitúa inicialmente sus tropas en dos grandes grupos: uno, austro-alemán, mandado por Kövess, en el O., y otro, alemán, a las órdenes de Gallvitz, en el E., los cuales, al desplegar, no llegan a establecer un enlace mutuo real y efectivo, pero sí combinan sus esfuerzos en el sentido indicado. Un tercer grupo, por Visegrado, corta la retirada de los serbios hacia el Oeste, e impide que les auxilien los montenegrinos. Sólo cuando el defensor ha sido batido y quebrantado y se retira en desorden, los dos grupos invasores del N. convergen en su marcha, y el del Este destaca una parte de sus tropas al S. de Macedonia. Mackensen consigue, en menos de dos meses, ocupar toda la Vieja Serbia, gran parte de la provincia de Novi-Bazar y descartar todo peligro de alzamiento en el territorio invadido, de modo que su acción se ha dirigido contra el ejército enemigo, en el aspecto militar de momento, y ha tenido por objeto la conquista de un reino, como preliminar indispensable del libre paso desde el Danubio a Turquía y como preparativo necesario de la campaña que habrá de desenvolverse en Asia.

Mientras Mackensen desarrolla su plan mediante una sucesión de choques tácticos, los búlgaros resuelven estratégicamente la guerra. Su ejército se divide en tres masas. La primera, en el extremo N., busca el contacto con Gallvitz, y no tiene en realidad otra misión que la de proteger y asegurar el flanco izquierdo de Mackensen, permitiendo a este caudillo concentrar exclusivamente su atención en el frente; en cierto modo, su papel es análogo al del grupo que penetra en Serbia por Visegrado. La segunda masa, en el centro, tiene por objetivo Nisch y amenaza la retaguardia de los serbios; este ejército concierta admirablemente sus operaciones con las de Mackensen, avanza con prudencia y rehusando el atraer demasiado hacia sí al grueso enemigo, porque lo que conviene es que los serbios no se retiren antes de tiempo, que no lleven sus fuerzas principales al S. de Macedonia; únicamente cuando ya la victoria es indudable, esta segunda masa rompe hacia el S. O., por Leskovatz, y hacia el O., por Vrania. En resumen, el ejército búlgaro del centro fa-

vorece el avance de los austro-alemanes, y ocupa una posición de flanco que le permitirá caer contra el enemigo si éste desiste de luchar en el N. y se traslada a Macedonia.

El papel decisivo se encomienda al grupo del Sur. Rápidamente penetra en Macedonia y ocupa la vía férrea desde cerca de Gradsco a Uskub, cortando las comunicaciones de los serbios con Grecia. Una parte de sus tropas hace frente y contiene a los anglo-franceses, y a medida que recibe contingentes, innecesarios en el N., se extiende al O. y al S., amagando a Monastir y acercándose a las fronteras de Albania. Otra porción de este ejército, que ha permanecido a la expectativa algunas semanas, como la masa del centro, en Uskub y Katschanik, se mueve por fin hacia Priznen y Prishtina, cuando los demás ejércitos convergen hacia este punto. Gracias a la masa del S., las tropas de von Mackensen recogen de una vez todo el fruto de sus esfuerzos, y el ejército serbio que ha iniciado la retirada tiene que resignarse a su destrucción.

Se saldría del cuadro de estas *Crónicas* la exposición más detallada de los movimientos de las varias columnas invasoras. Es notable el concierto y la unidad que presiden las operaciones, dirigidas, bien claramente se advierte, por una sola voluntad. Sorprenden la facilidad con que los germano-austro-búlgaros salvan y se apoderan de los numerosos núcleos montañosos, envolviéndolos y cortando sus salidas; la rapidez de sus marchas al acercarse a los arsenales y ciudades importantes, que atacan sin casi dar tiempo a los serbios a completar las medidas de defensa; y la tenacidad con que se batían contra un enemigo excepcionalmente bravo y que lucha animado por la desesperación. Con todo, lo más admirable es la organización de los servicios de retaguardia, que funcionan con tal regularidad y eficacia, que las tropas reciben en todos los momentos las vituallas y material que necesitan, y que es imposible encontrar en el país. Cuando sean conocidos los detalles de esta campaña, se confirmará de seguro mi creencia de que Mackensen varió la composición de sus cuerpos de ejército, disminuyendo tal vez los efectivos en combatientes, pero desenvolviendo aún más que para la invasión de Rusia y dando grande amplitud a los escalones del tren. Por la deficiencia de éste terminó lastimosamente en diciembre de 1914 la campaña que bajo tan buenos auspicios iniciaron los austriacos. El paso del Danubio, que tiene un millar de metros de anchura, bajo el fuego de los serbios, y la construcción de puentes de barcas y pontones en brevísimas horas, son hechos de un mérito sobresaliente.

Volviendo la vista a los serbios, su desgracia veda el extenderse en largas consideraciones. Baste decir que aquel ejército, duro en las marchas y bravo en el combate, no estaba acostumbrado a la maniobra—lo que ya se puso de manifiesto en 1912 y 1913—y sus conocimientos estratégicos eran bastante mediocres.

En cuanto a la intervención de los franco-ingleses, no ha de titubearse en afirmar que ha sido más perjudicial que ventajosa a los serbios, porque encendió en éstos la engañosa confianza en que sus comunicaciones con Serbia estaban aseguradas, y les bastaba resistir en el N. para que sus aliados les



llevasen refuerzos. Es muy posible que sin la presencia de los aliados, los serbios se hubieran replegado al S. de Macedonia, y si entonces los anglo-franceses desembarcaran en Salónica, Grecia se asociara al movimiento y la guerra se prolongara. De donde se colige, que la expedición a Salónica fué tardía para salvar a Serbia y prematura para arrastrar a Grecia.

Lo mismo que primero en Bélgica y Francia y luego en Rusia, muchos factores han intervenido en la victoria de los Imperios centrales, pero, entre todos, el que ha ejercido más influencia ha sido el alto mando, la dirección de los ejércitos. Como en anteriores ocasiones, la previsión, la perseverancia de esfuerzos, la unidad de mando y la férrea voluntad, han resplandecido y casi obscurecido las demás cualidades de los generales y tropas y las excelencias del material y de la organización.

#### V.—La situación el 27 de noviembre

Languidece la guerra en Rusia y está punto menos que en suspenso en el frente occidental. No ha de deducirse, empero, que la inactividad es definitiva. Se sabe que los alemanes han retirado bastantes tropas del E., pero no a donde las han llevado, ni si han sido reemplazadas por otras, lo cual parece indudable.

Cañoneos en Gallípoli y nuevas batallas delante de Goricia y en el Carso. A cada invitación de la prensa inglesa y francesa para que los italianos desembarquen en Albania, responde el general Cadorna atacando furiosamente las líneas austriacas. Los despachos oficiales de los dos beligerantes están en abierta contradicción, hecho que no es nuevo, toda vez que se repite desde el principio de la guerra. A juzgar por lo que *a posteriori* se comprueba, los partes austriacos reflejan mejor la verdad; según ellos, han sido rechazados casi todos los ataques contra la cabeza de puente de Goricia, habiendo conseguido únicamente los italianos apoderarse de las trincheras avanzadas. Como quiera que sea, Goricia, que fué respetada durante mucho tiempo por la artillería italiana, está siendo ahora cañoneada vivamente, síntoma de que el atacante no confía mucho en apoderarse a viva fuerza de los montes que la protegen, y se ha decidido a batir la línea en toda su profundidad. Ríos de sangre está costando a los italianos su empeño en apoderarse de Goricia, que está siendo la roca en que se quebranta y debilita el ejército de Cadorna.

Contradictorias son también las noticias que se reciben de Mesopotamia. Con todo, parece comprobado que los ingleses, mandados por el general Nixon, están relativamente cerca de Bagdad.

En el Cáucaso, los rusos vuelven a estar a la defensiva. Crece la agitación en Persia, a favor de los turco-alemanes. En Gallípoli, la acción militar se reduce a cañoneos intermitentes. Aunque parte de las tropas aliadas se han trasladado a Salónica, los turcos no salen de sus trincheras, esperando, tal vez, la llegada de piezas alemanas de gran calibre.

En los Balkanes, se ha precipitado la derrota de Serbia. La mitad de la provincia de Novi-Bazar está en manos de los austro-alemanes, quienes, con los búlgaros, se han adueñado asimismo de las dos terceras partes de lo que era Macedonia serbia. Los austriacos han comenzado a penetrar en Montenegro, donde han buscado refugio los restos del ejército serbio, puesto que se les ha cortado la retirada a Albania, excepto en el pequeño sector inmediato a Prizrend. El Gobierno del rey Pedro, que anduvo errante de un punto a otro, se ha trasladado a Skutari, convencido de que la resistencia era imposible. Del S. de Macedonia apenas se reciben noticias; los búlgaros guardan silencio, y los franceses transmiten unos partes muy lacónicos, que dejan adivinar cuán adversos son los combates a las tropas expedicionarias. El ejército del general Sarrail, que había evacuado Gradsko, ha tenido que continuar su repliegue, bajo la amenaza de envolvimiento de su ala izquierda y ante el ataque de frente de los búlgaros; desde Krivolak ha retrocedido hasta Demir Kapu y Kavadar, o sea una distancia de 35 kilómetros; los cuerpos que se encontraban en la orilla izquierda del Tserna han pasado a la derecha, notándose un movimiento de concentración hacia la vía férrea de Salónica, que es de vitalísimo interés para los franceses. Se ignora si esa retirada ha sido motivada por las maniobras de los búlgaros, o provocada directamente por un ataque. El frente de batalla de los tres ejércitos invasores en Serbia, ciñe por el Norte la frontera de Montenegro, que atraviesa en varios puntos, hasta el S. de Sienitza, y se dirige en línea recta al S. de Mitrovitza; deja en poder de los austro-alemanes toda la meseta de Kosovo, tuerce al S., pasa el E. de Prizren y al O. de Kalkondele, sigue por Gostivar, y va a buscar el Tserna entre Prilep y Monastir. Las operaciones contra los serbios apenas ofrecen ya interés; la atención pública está pendiente ahora de los acontecimientos en el sector francés, en el S. de Macedonia, y de la suerte que ha de correr Montenegro, que puede ser atacado siguiendo los valles, o simplemente rodeado y acordonado.

¿Dónde se encuentran los contingentes británicos, muy numerosos, enviados a Salónica? En contacto con los búlgaros sólo está el ejército francés del general Sarrail; si algunas tropas británicas han llegado a Demir Kapu, su efectivo es insignificante. No es admisible que Francia emprenda, sin ayuda de Inglaterra, una campaña que interesa casi exclusivamente a su aliada; y se sabe que no pocos transportes con soldados británicos se han dirigido al Mediterráneo oriental. El misterio no subsistirá mucho tiempo. Ese ejército inglés no ha de tardar en dar señales de existencia, porque una demora algo prolongada favorecería en alto grado a los alemanes. Inútil es, pues, especular sobre el paradero del ejército británico expedicionario que quizás nos reserve alguna sorpresa.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

28 noviembre 1915.